

ENCUENTROS EN VERINES 2012

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

Los difusos contornos de la "Literatura Juvenil"

David Lozano

Uno de los aspectos que resulta oportuno analizar si se pretende estudiar el alcance de lo que se conoce como "literatura juvenil" hoy día es el perfil lector al que se supone que va dirigida, su destinatario: ¿Son los niños? ¿Los adolescentes, quizá? ¿O tal vez los jóvenes en general? ¿Qué papel juegan los adultos?

La percepción general en España ha tendido históricamente hacia una idea infantilizada de la "literatura juvenil". Los adultos -y no me refiero solo a los que ejercen de lectores- no se plantean, en general, un acercamiento a las publicaciones catalogadas como "juveniles" por considerarlas propias de niños, de chavales. En buena medida, este fenómeno es consecuencia de la ignorancia en torno a lo que se está publicando desde hace años en ese ámbito (la gente se deja guiar por las categorías comerciales sin indagar al respecto), pero además considero que determinados hechos contribuyen a una imagen de la "literatura juvenil" que, a mi juicio, no se corresponde con la realidad actual. Uno de ellos, por ejemplo, es la etiqueta de "LIJ", que establece un vínculo definitivo entre lo juvenil y lo infantil, cuando probablemente la narrativa juvenil se halla mucho más próxima a la literatura de entretenimiento destinada a adultos. En no pocos artículos que he leído sobre literatura juvenil se acaba hablando, básicamente, de textos para niños, como si el ingrediente juvenil fuera casi accesorio o pervivieran ambos rangos en una suerte de fusión inevitable (o más bien absorción, puesto que el componente predominante es el infantil).

Tal vez orientados por esa misma categoría "LIJ", los librerías, a la hora de colocar las publicaciones juveniles, las apartan de las dirigidas a adultos y las sitúan -siempre- con las infantiles, lo que todavía acentúa más la inclinación general a considerar lo juvenil como propio de niños. Esto genera, además, rechazo en el adolescente (que sí es el lector potencial más directo), pues lo último que desea es que se le trate "como a un crío" (esta reflexión sería también aplicable a determinados contenidos de LIJ que consiguen que el lector se sienta como tal). Por si fuera poco, las secciones de infantil-juvenil se encuentran a menudo en zonas secundarias de la librería, con lo que todavía se intensifica más la percepción de que lo juvenil pertenece a una especie de "segunda división", consideración que se mantiene nítidamente en los medios de comunicación -mucho más ignorantes sobre el tema- a la hora de la difusión y el reconocimiento. Este cúmulo de factores ha terminado provocando que resulte sospechoso que un

adulto incluya entre sus lecturas textos juveniles, como si fuera un hecho que pone en entredicho su madurez, su cultura e, incluso, su inteligencia. Lo que, a su vez, conlleva que a los padres, víctimas de ese desconocimiento, les resulte muy difícil proponer lecturas apetecibles para sus hijos adolescentes, más allá de sus propias lecturas de juventud.

El creciente fenómeno de las adaptaciones al cine de las sagas juveniles sí ha ido provocando en el perfil adulto, al menos, una creciente curiosidad en torno a estas historias ante las que, hasta hace poco tiempo, jamás se habría detenido.

En muchas ocasiones, como profesor, me he encontrado con padres de alumnos que se asombraban de haber disfrutado al leer alguna de las novelas presuntamente juveniles que su hijo había tenido que terminar para el colegio en Secundaria o Bachillerato (algo que en un principio habían hecho a regañadientes, tras la insistencia del chico). Terminaron leyendo no como simples mediadores sino como auténticos lectores. Esa sorpresa es lo significativo; ¿qué imaginaban ellos, como adultos? A buen seguro esperaban encontrarse con un argumento estúpido, superficial y mal narrado. Claro que hay libros así, como ocurre en la categoría de adultos. Pero llegan a las librerías otros de mayor calidad a cuya lectura puede aproximarse un adulto.

Puestos a establecer categorías (algo que no estoy tan seguro de compartir en el ámbito de los libros, excepto en el terreno infantil por sus propias particularidades), creo que es hora ya de otorgar a la juvenil, como mínimo, la autonomía que merece.

Teniendo en cuenta que el citado prejuicio "esos libros son solo para niños" pareció perder vigencia con Harry Potter e, incluso (lo que me parece más inexplicable, si he de ser sincero), con la saga de Crepúsculo, queda claro que cuando el lector de cualquier edad descubre determinadas historias-estoy refiriéndome al ámbito de la lectura como entretenimiento-puede llegar a disfrutarlas al margen de las etiquetas. Como lectores de amplia trayectoria, de hecho, no siempre buscamos lo mismo. En ocasiones lo que nos pide el cuerpo no es un sesudo ensayo o alguna obra de profundidad abisal, sino textos de evasión que cuenten -bien, eso sí- una historia original, sugerente... Y ahí pueden entrar algunos textos publicados bajo la etiqueta de "juveniles".

"El niño con el pijama de rayas" de Boyne puede funcionar como un ejemplo paradigmático de cómo en ocasiones se difumina la frontera entre lo juvenil y lo adulto; al igual que con "Harry Potter" (O "Marina", de Ruiz Zafón), asistimos a obras concebidas para un destinatario menor de edad pero que son leídas masivamente por los adultos, títulos que han venido a denominarse como *crossover books* y que ponen en entredicho la pretendida distancia entre la literatura juvenil y la de adultos.

Recuperemos la perspectiva: naturalmente que la literatura juvenil no puede ni debe contener todo lo que busca un adulto en la lectura, pero eso no quiere decir que no tenga nada que ofrecer a los mayores de edad; las lecturas habituales de un adulto no son por definición incompatibles con las obras juveniles. No se trata de que una persona, al cumplir los dieciocho años, se vea automáticamente obligada a cambiar de estanterías en las librerías. Todo enriquece, y cada categoría cumple su papel. A todos nos conviene rejuvenecer de vez en cuando como lectores.

A mí ya no me convence del todo ese concepto de "literatura juvenil" que señala como tal a "aquella que también pueden leer los jóvenes", a pesar de que se trata de un planteamiento amplio que incluye a los adultos de cualquier edad como receptores o destinatarios directos (y que permite abarcar el fenómeno de los *crossover books*). Yo matizaría, formulando el concepto del siguiente modo: "*Literatura juvenil es aquella que también pueden leer los adultos*". El giro en el enfoque permite resaltar, por un lado, la lejanía existente con la literatura infantil y, por otro, que, si bien el destinatario directo es el joven, la lectura por parte del adulto es factible, aceptable.

Sin embargo, resulta curioso comprobar cómo, en el ámbito de la literatura, la etiqueta "juvenil" cuenta -tal como he señalado anteriormente- con un sentido mucho más restrictivo que el sustantivo del que deriva, "joven". En efecto, cuando hablamos de libros se entiende de facto por "juvenil" la obra destinada a adolescentes exclusivamente, frente a un término, "joven", que nunca ha requerido la minoría de edad. ¿Acaso un muchacho de 18, 20 o 22 años ha dejado de ser joven? Por eso mismo, me parece que la denominación "Narrativa para jóvenes" quizá es más acertada que "literatura juvenil", dadas las connotaciones que arrastra todavía hoy en nuestro país la etiqueta actual. "Narrativa para jóvenes" es un término que permite, por el contrario, la necesaria flexibilidad que exige el alcance de un concepto tan poco exacto como "juventud". Ni siquiera la madurez responde a criterios estrictamente cronológicos; cada persona evoluciona conforme a muchos factores, y eso se cumple también en nuestro proceso de crecimiento como lectores.

Frente a mi definición, "literatura juvenil es aquella que también pueden leer los adultos", hay quien podría objetar que no basta la mera posibilidad de incorporar al adulto como lector para calificar una obra como perteneciente a esa categoría, sino que se requiere además que el autor, al escribirla, se haya dirigido expresamente a un perfil lector adolescente. Entiendo esa reticencia aunque, como autor, he de reconocer que en mis obras para editoriales de rango juvenil suelo buscar una leve ambigüedad de registro que no me condiciona hasta ese extremo. Sí es cierto que puede afectar a mi modo de enfocar ciertos contenidos de la trama, a la construcción de los personajes o a la forma de dosificar el ritmo narrativo, por ejemplo, pero no creo que esos "ajustes" sean incompatibles con el concepto de "literatura juvenil" que yo defiendo porque no hacen imposible la lectura por parte del adulto.

Otra objeción lógica a la denominación propuesta es que el término "narrativa" excluye textos literarios como la poesía o el teatro, géneros también susceptibles de ser leídos por jóvenes e -importante- de ser escritos, si se quiere, pensando en un destinatario joven. En este sentido (teniendo en cuenta que lo que reclaman los jóvenes, en una proporción abrumadora, es narrativa) estaríamos hablando de una subcategoría dentro de lo que llamaríamos la "literatura para jóvenes". (Otra cuestión, en la que no voy a entrar ahora, es la asignatura pendiente de cultivar en los jóvenes el interés por la poesía y el teatro y de ofrecer materiales de esa índole).

También, en mi particular visión de la "literatura para jóvenes", se diluye el papel mediador de los padres en cuanto a la selección y compra de títulos, un aspecto que en la literatura infantil tiene un peso indiscutible. Si bien es cierto que frente a adolescentes y jóvenes que no leen son los

padres quienes intentan –con escaso éxito, dada su propia ignorancia al respecto- proponer lecturas, cada vez con mayor frecuencia entre los jóvenes aficionados a la lectura son ellos mismos - muy al tanto de las novedades literarias gracias a los blogs especializados y a los foros de Internet- quienes eligen lo que leer. Y este fenómeno, ya presente en obras infantiles como Gerónimo Stilton (los niños son muy susceptibles a la fidelidad en las series), empieza a producirse con especial claridad, y de un modo mucho más consciente, en el terreno juvenil, a edades sorprendentemente tempranas (10, 11 años).

Debo insistir, por todo lo anterior, en la afirmación de que la denominada "literatura juvenil" se encuentra mucho más próxima a la de adultos que a la infantil (esta con un componente didáctico mucho más visible, por otra parte).

Quizá como reflejo de esta realidad, se ha acuñado la categoría "*young adult*" en algunos países, una nueva categoría comercial donde todavía es más evidente la cercanía con la literatura tradicional de adultos. Por lo que he podido comprobar, para buena parte de los lectores esta novedosa etiqueta no se ubica dentro de la literatura de adultos sino, paradójicamente, dentro aún de la "juvenil". Y es que, en el fondo, lo que subyace en este reciente bautismo es la misma necesidad de escapar a los prejuicios que despierta el encasillamiento como "juvenil". De hecho, la nueva denominación no resuelve el conflicto existente con la "LIJ", sino que se limita a arrancar títulos de esta para salvarlos de la relativa condena, si se me permite la expresión, que supone publicarlos bajo esa etiqueta. Por decirlo de algún modo, les otorga un refugio que, al vincularlos con la literatura de adultos, les ofrezca una vida más prometedora (traducido al lenguaje del sector del libro: un horizonte mayor de lectores potenciales, mejor colocación, mayor atención de revistas y medios especializados...etc).

Como conclusión, debo reconocer que -al margen de las dudas que me suscita el afán clasificatorio de los libros a partir de determinada edad en el destinatario- la categoría de "literatura juvenil" sería perfecta para aludir a los textos de los que estamos hablando de no ser por los prejuicios que despierta. Eso nos obliga a buscar alternativas, aunque "*young adult*" tampoco sirve, pues conforme a su traducción literal excluye, con su denominación, a los menores de edad (adolescentes), destinatarios también de estas obras. Creo que la etiqueta "literatura para jóvenes" sí incluye ambas parcelas. Si a la nueva denominación le sigue una colocación coherente en las librerías, habremos conseguido un buen punto de partida en el proceso de dignificación de la literatura que nos ocupa.